

Stephen Budiansky



La verdad sobre los perros

Todo lo que necesitas saber sobre **tu mejor amigo**



Paidós Divulgación

Stephen Budiansky

La verdad sobre los perros

Todo lo que necesitas saber
sobre tu mejor amigo

Traducción de Víctor Pozanco



PAIDÓS

Barcelona
Buenos Aires
México

Sumario

1. El insondable misterio del perro 9
 2. El protoperro 26
 3. Etiqueta social estilo perro 64
 4. *Kabuki* canino 96
 5. Dos colores, un millón de olores 124
 6. Si son tan listos, ¿por qué no son ricos? 146
 7. Comportamiento extraño pero casi normal 185
 8. Perros problemáticos, personas problemáticas 210
 9. Perros perfectos 243
- Agradecimientos 275
- Obras consultadas 277
- Índice de materias y onomástico 293

CAPÍTULO 1

El insondable misterio del perro

Bastaría con que un publicista o un asesor político descubriese el factor de la naturaleza humana que nos induce a creer que los perros son animales de fiar, leales, abnegados, cariñosos, valientes, nobles y obedientes para que, en cosa de una semana, pudiera comprar una isla en el Caribe y retirarse allí con lo ganado a base de marear la perdiz acerca de su descubrimiento.

Los perros pertenecen a una élite de artistas del timo en pleno apogeo profesional, que consiguen que sonriamos después de habernos vaciado los bolsillos. Los perros expolían a los ricos, expolían a los pobres, y se lo quedan todo.

En verano, se echan frente al registro del aire acondicionado y, en invierno, frente a la chimenea, y cometen en nuestros dominios desmanes demasiado variados e incalificables como para detallarlos. Deciden cuándo podemos acostarnos por la noche y a qué hora debemos levantarnos por la mañana; si podemos ir de vacaciones y durante cuánto tiempo; a quién podemos invitar a cenar, y cómo deberíamos decorar el salón. También nos roban la comida del plato (pienso en un collie que tuve, especialista en tostadas).

Si tuviésemos un compañero de apartamento que se comportase así, llamaríamos a un abogado o a la policía.

No me considero una persona fácil de manipular, y ya hace muchos años que dejé de creer que cualquier perro que yo tuviese sería tan fiel como, pongamos por caso, un perdiguero y, por su puesto, tan bonachón como Papá Noel.

Pero no hace mucho, a consecuencia de una serie de acontecimientos que no me es posible reconstruir completamente, y menos aún comprender, concluí que era un comportamiento perfectamente normal por mi parte subir todas las noches a mi dormitorio con un collie de treinta kilos, y bajar de nuevo con él por la mañana. Y eso duró meses. No me quedaba otra alternativa.

Si se hojea cualquier revista actual de veterinaria, es casi seguro que incluye un artículo acerca de un perro que se ha apoderado por completo de un hogar, ha amedrentado a sus propietarios y les ha impuesto que se sometan obedientemente a unas normas dictadas por él.

Un joven matrimonio sin hijos tenía un setter irlandés macho de dieciocho meses. El perro amenazaba a menudo al marido y lo había mordido varias veces. El perro gruñía siempre que el marido entraba en la habitación, sobre todo cuando la esposa y el animal estaban allí antes de que entrase el amo. El perro salía gustoso a pasear con él, pero sólo la esposa podía entrar en la cocina cuando el animalito estaba comiendo. Y había muchas probabilidades de que atacase al marido cuando éste intentaba entrar en el dormitorio si la esposa ya estaba dentro.

Otros artículos hablan de perros que obligan a sus amos a pasar de puntillas por su sitio favorito del salón; de amos a quienes aterra mover el cacharro de la comida del perro y ponerles la trailla; de perros que no permiten que el amo pase por una puerta delante de ellos; de perros que prohíben que los novios o esposos se abracen, se besen o bailen con sus

amas; de perros que amenazan a sus dueños para que los acaricien, los paseen y les den de comer cuando ellos lo exigen. Se trata, en todos estos casos, de personajes característicos, que aparecen en los informes que las clínicas veterinarias envían a las revistas.

Pero esto no es nada nuevo. *Cave canem*, la expresión latina que los romanos gustaban de inscribir en sus suelos de mosaico hace dos mil años, significa «cuidado con el perro». No creo descabellada la sugerencia de que la referida expresión no significase que había que tener cuidado con el perro en el sentido de tomar precauciones para que no mordiese, sino en el de «por favor, tenga cuidado en no tropezar con él, porque no moverá ni un músculo para dejarlo pasar».

Casi tan corrientes como los relatos clínicos acerca de perros que se hacen con el control real del orden familiar en sus hogares, son los informes que aparecen en revistas de veterinaria sobre perros que adoptan conductas excéntricas y obsesivas, que, de ser una persona quien las adoptase, conducirían a su rápido internamiento (o al justificado homicidio por parte de cualquiera que se viese obligado a vivir bajo el mismo techo que el chiflado).

Sin embargo, cuando de perros se trata, estas conductas son soportadas y sufridas año tras año: perseguir objetos imaginarios, correr en círculo, comer excrementos o ladrar sin parar.

Según un informe, un perro pastor shetland de cinco años pasó dos compilando una creciente lista de acciones a las que ladrar, entre las que figuraban:

Oír

pasar un camión grande,
entrechocar cacerolas y sartenes,
el secador del pelo,

a alguien caminar de prisa,
llenar su cacharro del agua,
la cisterna del aseo,
a su ama cepillarse los dientes,
abrir la puerta del lavavajillas,
estornudar,
hojas agitadas por el viento.

También abundan en la literatura científica los informes sobre perros que se ensañan con zapatos, libros, periódicos, colchas, dinerito, coladas, sofás, alfombras, mesas, revestimientos y bordes de madera, puertas, escaleras y ventanas.

Tal vez más impresionantes que las cosas con las que transigimos sean aquellas a las que se nos logra inducir. Los perros fingen enfermedades con una imaginación que rivaliza con un aquejado del síndrome del barón Munchausen. Tras aprender qué clase de comportamientos atraen la atención, las caricias y las golosinas que les prodigan sus amos, los perros presentan síntomas tan estremecedores como carentes de base orgánica. Entre los casos documentados de dolencias o indisposiciones simuladas figuran toses, moqueo profuso, diarrea, vómitos, anorexia, otitis, cojera, tics nerviosos y parálisis. Los perros son más listos que el hambre, y nosotros, unos bobalicones redomados.

Mientras escribo esto, tengo la clara sensación de oír, a lo lejos, un zumbido de miles de ordenadores encendidos a la vez por una legión de soliviantados dueños de perros, dispuestos a redactar airadas cartas de protesta contra estas calumnias. Así pues, permítanme añadir esto: bromeo (en casi todo).

Adoro los perros y, además, me fascinan, al igual que la relación entre nuestras dos especies. Los perros son animales

tan extraordinarios como interesantes. Sólo como estudioso aficionado del comportamiento animal, que no otra cosa, creo que, por lo que a mí respecta, los beneficios que aporta vivir con perros superan con creces los inconvenientes. Y sin embargo, como estudioso aficionado del comportamiento animal, soy también muy consciente de que mi personal balance de beneficios e inconvenientes no tiene mucha lógica desde el punto de vista biológico. También soy muy consciente de que la mayoría de las explicaciones convencionales acerca del origen de los perros, de cómo han terminado por vivir en nuestros hogares y de por qué hacen lo que hacen tienen que ser forzosamente erróneas.

Últimamente, proliferan publicaciones científicas y seudocientíficas que pretenden mostrar los beneficios que tiene para la salud la compañía canina, que regula la presión sanguínea y levanta el ánimo de los ancianos que viven en residencias. Yo sería el último en negar la alegría y las satisfacciones que nos aportan los perros. Pero ni la alegría ni las satisfacciones, ni siquiera una presión sanguínea perfecta, son factores que puedan haber tenido mucho peso en la cadena de la evolución. Para que el tan cacareado «lazo entre los humanos y su compañero animal» pudiese ser un factor significativo en la evolución (para que fuese el nexo biológico que mantiene unidas a nuestras dos especies, como aducen los autores de tales artículos) tendría que entrañar un valor tangible y útil a la humanidad, traducible en un incremento neto de la supervivencia. No obstante, si sumamos objetivamente los beneficios biológicos de los perros y los confrontamos con los costes biológicos, no salen las cuentas.

La implacable fuerza de la evolución no deja lugar para los sentimientos, y menos aún para los sentimientos retrospectivos. Hace decenas de miles de años, antes de que existiesen ciudades, antes de que existiesen siquiera pueblos ni

granjas, antes de la invención de la escritura, antes de que los humanos pudieran permitirse el menor lujo, antes de que circulásemos frenéticamente por las calles, cuando los humanos todavía no eran del todo humanos, los perros se apalancaron en la sociedad, sobrevivieron y medraron.

En definitiva, los perros son un caso de brillante éxito en la cadena de la evolución, casi único en el mundo animal, y deben ese éxito a su prodigiosa capacidad para colarse en nuestros hogares, y a la incorregible tendencia al antropomorfismo de nuestra mentalidad, que se lo permite. En gran parte de África y de Asia, millones y millones de perros circulan libremente por los pueblos e, incluso, por las ciudades. Por lo general, son despreciados, rehuidos, justificadamente temidos por peligrosos y portadores de enfermedades y, en algunos países, comidos. Y pese a todo, siguen medrando.

Por más que, consciente y racionalmente, los humanos detesten o desconfíen de los perros callejeros, por más que muchos humanos traten resueltamente de relegarlos a la misma categoría mental que las ratas, los piojos y las palomas, lo cierto es que siempre que un hombre se ve frente a un perro la voluntad de infligirle grave daño físico se diluye misteriosamente.

Y en el sentido evolucionista de la expresión, los perros lo saben. Se humillan, gimen, y miran a los ojos de una manera enternecedora. «Bah, dejémoslo correr», se piensa; entonces, se suelta la piedra y se sigue el camino.

El antepasado salvaje del perro, el lobo, está prácticamente extinguido. Puede ser que no queden en todo el mundo más de cien mil ejemplares. La población mundial de perros, en cambio, supera probablemente los cien millones. Y sin embargo, pese a los mitos y relatos de los servicios que el perro presta al hombre, sólo un pequeño porcentaje de los que viven en sociedad con el ser humano se ganan el sustento. Na-

die ha realizado un estudio específico, pero hay razones para ser muy cautos, incluso acerca de la utilidad más comúnmente admitida, la de los perros como guardianes. Por cada relato de un perro que haya logrado ahuyentar a los ladrones hay miles de congéneres que le ladran sin parar a todo lo que se mueve, pero duermen beatíficamente mientras los amigos de lo ajeno desvalijan la casa. Pese a todos los mitos acerca de cavernícolas que adoptaban lobatos encontrados en el bosque, y que se quedaban con ellos por parecerles útiles como guardianes y compañeros de caza, las pruebas arqueológicas y de comportamiento apuntan claramente a la conclusión de que, incluso hace miles de años, la abrumadora mayoría de los perros eran rémoras biológicas. Los servicios que un pequeño número de perros prestan en el mundo moderno (como lazarillos de ciegos y minusválidos, guías y vigilantes del ganado, compañeros de diversión deportiva para cazadores y entusiastas de las carreras) son fenómenos recientes en la irregular carrera canina. En toda familia de delincuentes siempre aflora algún ciudadano decente.

Si los biólogos no fuesen víctimas de la misma ceguera que nos afecta a todos, probablemente no vacilarían en clasificar a los perros como parásitos sociales. Se trata de la clase de seres manipuladores ejemplificada por el cuco, que pone los huevos en el nido de una ave bobalicona y despistada de otra especie. Los perplejos padres ven una boca que clama por alimento y la atiborran de gusanos, a expensas del sustento de sus propios retoños. Y cada vez que se dan la vuelta, el polluelo del cuco echa del nido a uno de los verdaderos hijos de sus padres adoptivos.

Llamar parásitos a los perros es como mentar la soga en casa del ahorcado, pero ¿cómo llamarlos si no? Los perros nos han llevado exactamente adonde querían, y nosotros, con una sonrisa de idiotas, nos hemos dejado llevar. Si acertamos

a ponernos las gafas evolucionistas, dejando los sentimientos a un lado, veremos a los perros como una gigantesca carga biológica que pesa sobre la humanidad, que compite por el alimento, que desvía enormes recursos económicos en forma de trabajo y de capital, que propaga enfermedades y que causa graves heridas.

Los perros no llegan a la perfección del cuco como parásitos de la sociedad humana. No han desplazado a los niños, por lo menos no en todos los hogares (de momento); pero asombra que en Estados Unidos los perros muerdan a un millón de personas todos los años tan gravemente como para requerir atención médica, y que la mayoría de las víctimas sean niños. Además, anualmente, los perros matan a una docena de personas, también casi todas niños. Las compañías de seguros pagan doscientos cincuenta millones de dólares al año como indemnización por mordeduras de perros, con un coste social estimado en más de mil millones de dólares.

Pero mil millones de dólares son calderilla cuando del bienestar de nuestros mejores amigos se trata. Casi todos los perros pesan menos que una persona (aunque la tendencia a tener perros cada vez más grandes, sobre todo en las ciudades, está aumentando de manera espectacular). Pesan menos, pero consumen unas dos veces más de alimento por kilo de peso. Si echamos cuentas resulta que los cincuenta y cinco millones de perros residentes en Estados Unidos comen casi tanto como toda la población del área metropolitana de Los Ángeles, lo que supone un coste de cinco mil millones de dólares anuales. A esto hay que añadir unos siete mil millones al año de gasto en servicios veterinarios; de momento, porque el mercado de la salud canina está creciendo rápidamente debido a la conjunción de dos factores: la medicina veterinaria de alta tecnología y la medicina alternativa, por un lado, y el ilimitado sentimiento de culpabilidad que, por lo visto, ani-

ma a los dueños de los perros, por otro. Según *The New York Times*, muchos dueños de perros hacen cola para sesiones de acupuntura veterinaria a razón de setenta y cinco dólares la media hora, y el mismo periódico refiere el caso de un joven matrimonio de Greenwich Village que se había llegado a gastar tres mil quinientos dólares en tratamientos de hidroterapia para su shih tzu de doce años, convaleciente de una operación en la columna. Además, la terapia de comportamiento canino es un negocio en auge, al igual que la cirugía oncológica, la quimioterapia, los escáneres y la oftalmología.

No hay estimaciones sobre el coste económico del tiempo que se emplea en la recogida de los dos millones de toneladas de heces caninas depositadas anualmente en las calles, los parques y los jardines de América, pero debe de ser considerable. Es difícil hacerse una idea de lo que son dos millones de toneladas. Sirva de comparación que Estados Unidos produce anualmente tres millones de toneladas de aluminio y cuatro millones de toneladas de algodón. Por otra parte, con los quince mil millones de litros de orín canino generados cada año en Estados Unidos se podrían llenar todas las botellas de vino de la producción anual de los viñedos de Francia, Italia, España y Estados Unidos juntos si, como dijo una vez Groucho Marx en un contexto ligeramente distinto, fuese ésa la idea que tiene uno de con qué hay que brindar.

Los perros y sus copiosas evacuaciones son un importante factor en más de sesenta y cinco enfermedades que pueden transmitirse al hombre, muchas de las cuales resultan demasiado nauseabundas y espeluznantes como para mencionarlas en un libro que pueden leer los niños o personas de naturaleza sensible. Entre las más apropiadas para ser citadas figuran la rabia, la tuberculosis, la fiebre de las montañas Rocosas y la histoplasmosis. Los perros no sólo amenazan a los humanos, sino a las especies que viven en libertad. Focos de epidemias

de parvovirus de los cánidos que han diezmando precarias poblaciones de lobos han sido reiteradamente localizados en los perros domésticos.

Asistimos a un fenómeno tan curioso como desconcertante. *Perro* es una palabra con la que, desde tiempos remotos y de manera casi universal, se expresa «desprecio». Si consultamos el término *canis* en un diccionario de latín encontraremos que los antiguos romanos lo utilizaban como sinónimo de «parásito» y de «gorrón». En la Biblia hebrea, la palabra *kelev* aparece con mucha mayor frecuencia en sentido despectivo que en sentido literal. Para los antiguos hebreos *kelev* era el término preferido para designar a quienes ejercían la prostitución y a los falsos profetas.

Freud creía que la única explicación posible de que el hombre adoptase tal actitud respecto a «su amigo más fiel» era que a este amigo en concreto le gustaba meter las narices en lugares realmente asquerosos y que eso nos repugnaba. Para Freud todo tenía que ver con el sexo y con los excrementos. Pero, muchas veces, el desprecio no es más que eso: desprecio.

¿He dicho ya que adoro los perros? A pesar de todo lo que acabo de exponer en mi papel de observador objetivo e inmisericorde, adoro los perros. Y creo que el secreto de que los queramos (de no sentir desprecio, ni siquiera ese reprimido y subconsciente desprecio freudiano, cargado de sentimientos de culpabilidad) es verlos honesta y francamente tal como son. Y ahí es donde la ciencia resulta de gran ayuda.

Es cierto que los perros son unos parásitos manipuladores, pero también son hermosos y fascinantes, y sobre todo, ventanas abiertas a una serie de mundos tan salvajes como bellos y fascinantes: un mundo de mentes y sentidos animales, rebotante de sensaciones, percepciones y emociones tan

familiares como extrañas; un mundo de fuerzas y motivaciones profundas y elementales, los motores mismos de la evolución que ha forjado la historia de la vida en la Tierra; un mundo de lejano pasado humano, de cazadores y de fuegos en campamentos en la tundra, de legiones romanas, guerras y migraciones, y un mundo microscópico en su interior de moléculas que milagrosamente incluyen el código de la naturaleza de todos nosotros.

Cada vez resulta más corriente recurrir a la ciencia casi por deporte, reducir la poesía del mundo a una ecuación; el amor, a una molécula hormonal, y las puestas de sol, a fenómenos de difracción.

Estoy seguro de que algunos preferirían no saber lo que la ciencia tiene que decir sobre los perros. Pero nunca he creído que la ciencia despoje de poesía a las cosas. Incluso cuando derriba mitos largo tiempo atesorados, la ciencia siempre tiene algo que ofrecer a modo de compensación.

Cuando miro a mi perro a los ojos, veo mundos y eones inaccesibles de ningún otro modo en mi vida de hombre moderno y, para mí, eso vale tanto como una tonelada de bobadas acerca del «amor incondicional».

Una de las ventajas de la ciencia canina es que resulta beneficiosa para los perros. Los perros tratados como criaturas peludas que deberían expresarnos su amor y agradecimiento por las galletas que les damos y por los sombreritos que se les obliga a llevar el día de su cumpleaños no son perros felices, porque, invariablemente, sufren las consecuencias de unas expectativas poco realistas por nuestra parte. La serie de complejos que acaban por afectar a los perros como consecuencia directa del antropomorfismo de sus dueños debería hacer reflexionar a todos aquellos que piensan que, en cierto sentido, les negamos a los perros sus derechos al empeñarnos en un criterio científico riguroso y privado de sentimientos sobre su

inteligencia, capacidad de comprensión y comportamiento. Los dueños que creen que sus perros son conscientes de su culpabilidad cuando defecan en la alfombra persa; los dueños que intentan tranquilizar y consolar a los perros, y razonar con ellos acerca de sus temores; los dueños que anhelan que sus perros los adoren; todos ellos suelen provocar que sus perros sufran y sean animales inadaptados. Castigar a un perro por defecar, aunque sea pillándolo in fraganti, resulta inútil, porque los perros no tienen capacidad de relacionar el espacio y el tiempo, sino que buscan con ahínco una relación entre los acontecimientos de su entorno y las consecuencias inmediatas.

Un perro al que se castiga siempre que el dueño regresa a casa y encuentra una caca en la alfombra no tardará en temer el regreso del dueño. Y punto.

Un perro al que se consuela con caricias y palabras tranquilizadoras cuando tiembla durante una tormenta pronto aprenderá a temblar más, y cada vez más a menudo, en busca de recompensas. Un perro cuyo dueño quiera su cariño a toda costa se convertirá en un déspota (porque ésa es la naturaleza de la estructura social de los cánidos). Y puede ser aún peor: si los dueños consiguen su propósito, el perro puede volverse un animal neuróticamente dependiente de ellos y adoptar un comportamiento histérico cada vez que los amos se ausentan.

Ver a los perros tal como son, con una capacidad de comprensión, motivaciones, percepciones e instintos propios de su especie, es verlos con respeto hacia su verdadera naturaleza y aptitud; es verlos como son y no como imaginamos que son según nuestra egocéntrica y limitadísima imaginación. Comprender qué es lo que induce a los perros a marcar el territorio es una manera de evitar muchos malentendidos, sentimientos heridos e innecesaria porfía en nuestra peculiar relación con ellos.

La peculiaridad de nuestra relación con los perros, sin embargo, tiene muchísimo que ver con la evolución de las especies y es parte del consuelo que nos brinda la ciencia como recompensa por robarnos los cuentos de hadas. Que los perros existan, medren y prosperen en nuestra compañía, pese a existir razones biológicas perfectamente lógicas para que hubiesen sido totalmente exterminados, es un hecho biológico revelador de la asombrosa habilidad de la especie para salir adelante a lo largo de la historia de la evolución, y es, también, un hecho pasmosamente revelador de nuestra propia naturaleza.

A título personal, me siento agradecido por el conocimiento de nosotros mismos que nos aporta la compañía de los perros. Estos animales (aunque acaso debería decir la evolución) han descubierto el resquicio en nuestra armadura.

Los parásitos nunca pueden lanzar un ataque directo, ya que la mayoría de los organismos tienen defensas activas para rechazarlos. Los parásitos se comportan de un modo taimado en la evolución. Los más eficaces son caballos de Troya que se valen de los puntos débiles y características de su huésped, y muy especialmente, de aquellos puntos débiles y características que son indispensables para la supervivencia del huésped.

Los humanos tenemos una mentalidad sorprendentemente recelosa y calculadora, que no para de urdir estratagemas y de imaginar las estratagemas de los demás. Pero los perros burlan estas formidables defensas valiéndose de nuestras debilidades, tan formidables como las primeras. Si le damos a una oca una piedra con forma de huevo, la empollará, la cuidará, le dará la vuelta varias veces al día y la defenderá hasta la muerte. Son muchas las hembras de mamíferos embarazadas que, cuando reciben un muñeco con un vago parecido a una cría de su especie, lo llevan de un lado para otro como si de una cría se tratase e intentan amamantarlo. Si una persona se

encuentra con un cachorrillo sucede algo curiosamente similar, y casi tan estéril.

Los especialistas en comportamiento animal solían referirse a tales fenómenos como «mecanismos de respuesta innatos». El enfoque conductista está en la actualidad algo pasado de moda, pero resulta revelador respecto de lo que nos ocupa, ya que ciertos comportamientos son tan viscerales, y tan palmariamente resueltos, que deben estar muy enraizados en nuestra mente. Nos sobresaltamos al ver una serpiente. Si le mostramos un ratón a un gato, el gato lo atacará. Si nos muestran un pequeño ser indefenso de ojos grandes y cara redonda sentiremos una innata inhibición que nos impide hacerle daño. Si tenemos en cuenta la enorme fuerza que tienen los instintos predador y territorial de muchas especies, incluida la nuestra, es perfectamente lógico, desde el punto de vista de la evolución, que exista un poderoso instinto de protección de los hijos de la propia especie. Por supuesto, el sentimiento paternal en los humanos es mucho más complejo. En los humanos, al igual que en muchas otras especies, este sentimiento está sometido a una considerable influencia del aprendizaje y del entorno. Pero es difícil negar que sentimos una atracción básica, innata, no aprendida y, en este sentido, bastante irracional hacia toda criaturita graciosa y lista, sobre todo si la consideramos indefensa. Y los perros se aprovechan de esto a base de bien. Nos manejan como si fuésemos acordeones.

Parte del gozo y de la fascinación que experimentamos al estudiar la naturaleza procede de percatarnos de los extraordinarios y hábiles procedimientos que las especies han adaptado a su comportamiento para explotar su hábitat. Los perros y los lobos son especies con una excepcional capacidad para lograr sus propósitos, y de un modo sumamente curioso, no en el sentido físico o predador, sino en un sentido so-

cial muy refinado. Y hay que añadir que los perros y los lobos son, también, especies auténtica y extraordinariamente solidarias. Las personas que se sienten incómodas ante la amoralidad de la naturaleza y de la selección natural tienden a ignorar, o a tergiversar, la capacidad de los perros para lograr sus propósitos a la vez que ensalzan su solidaridad.

En mi opinión, no deberíamos condenar lo uno ni elogiar lo otro. Lo que deberíamos hacer es maravillarnos y sentir curiosidad por ambos aspectos. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, nosotros no elegimos a los perros. Nos eligieron ellos. Y a ellos nos sentimos apegados.

Los zoólogos nunca se han sentido muy inclinados a considerar los animales domésticos como verdaderos animales. Desde hace mucho tiempo creen que las especies domésticas son productos degenerados y artificiales del capricho humano, especies que carecen de todas las pautas de comportamiento propias de los animales en libertad.

Todos caemos en el mismo defecto: no valoramos adecuadamente aquello que nos resulta familiar o cercano. Sin duda, es mucho más apasionante estudiar el oso pardo de la tundra de Alaska o el elefante de la sabana africana que estudiar las gallinas de la casa de la esquina o los perros del jardín. De ahí que los científicos sepan mucho más sobre el genoma del ratón y de la mosca de la fruta que sobre el genoma del perro. Saben infinitamente más de la ecología social del tritón —y, por supuesto, del lobo— que de la ecología social del perro.

Se ha tardado mucho, pero, al fin, los científicos empiezan a reparar en lo que han tenido siempre delante de sus narices. Me recuerdan a un personaje de una novela, no sé si de Jane Austen o de Anthony Trollope, que busca el amor y

la belleza por todo su entorno para terminar descubriendo en las últimas páginas que la esposa ideal para él es su prima, que lleva viviendo en su casa desde que tenía cuatro años. El hecho es que si uno de esos marcianos —ese marciano— tan socorridos llegase de verdad a nuestro planeta para echarle un rápido vistazo biológico nada lo sorprendería más que la existencia de miles de millones de animales domésticos, la extraordinaria diversidad física de cada una de las especies domésticas, lo novedoso de su comportamiento y su hábil adaptación a los hábitats ecológicos que ha creado la vida humana. En ciertos aspectos, los perros son lobos degenerados y descafeinados, pero, en otros, son seres totalmente nuevos, que hacen cosas que los lobos no podrían hacer jamás. Lejos de representar una degeneración, los perros muestran comportamientos complejos, originales y creativos.

Recientemente, nuestros científicos terrestres han empezado a reconocer que sus colegas de Marte han detectado algo, y los perros comienzan a ser considerados importantes como objeto de estudio de algunas ramas de la ciencia que nunca los habían tenido en cuenta. Es una suerte para los que amamos a los perros, y también lo es para quienes nos felicitamos por la maña que se da la ciencia para arrojar nueva luz sobre lo que, de puro familiar, nos pasa a veces inadvertido. La genética, la arqueología, la biomecánica, las ciencias del conocimiento, la neuroanatomía y muchas otras disciplinas están obligando a revisar las viejas ideas acerca de los perros.

Al examinar la lanza que acabo de romper por la ciencia, temo dar una impresión ligeramente desorientadora sobre un aspecto. No creo que todo sea y todo se reduzca a ciencia, porque la admiración y el gozo que sentimos por los perros sobrepasa toda explicación científica. Por lo pronto, los perros suelen ser sencilla y llanamente hermosos. Toda tentativa de definir científicamente la belleza y el amor no suele ser más

que ridícula palabrería, y ni por un momento se me ocurriría sugerir que, centrándome en los puros hechos científicos, podría aportar nada parecido a una completa descripción de las relaciones entre el hombre y el perro. Y hay otra realidad que no quiero dejar de señalar: los pocos humanos que tienen un verdadero don para adiestrar perros y trabajar con ellos deben ese don a la experiencia, a la intuición y a un cierto razonamiento inspirado por la empatía, lo que, prácticamente, nada tiene que ver con la ciencia.

Son muchas las cosas que la ciencia no abarcará nunca. Pero lo que sí puede hacer la ciencia es orientarnos hacia ámbitos inalcanzables con nuestra sola experiencia, y ayudarnos a mostrar fenómenos que nunca imaginaríamos con nuestros propios medios, sobre todo en una época en la que cada vez nos alejamos más de la experiencia directa respecto de la naturaleza.

Esto es lo que me anima a explorar aquello que sabemos real y verdaderamente de la investigación científica del *Canis*, que no es tan *familiaris* como creemos.